

Para una historia del campo educativo.
UNIVERSIDAD E INTELLECTUALES. EDUCACIÓN Y
POLÍTICA EN LA ARGENTINA (1955-1976); de Claudio
Suasnábar, Buenos Aires, FLACSO-Manantial, 2004.
Eduardo Rinesi
Universidad Nacional de General Sarmiento

Dos o tres propósitos simultáneos e igualmente importantes persigue el libro de Claudio Suasnábar que tenemos entre manos. En primer lugar, se trata de analizar el proceso de configuración del campo de los estudios universitarios sobre educación, durante las dos décadas que se extienden entre la caída de Perón y la de su esposa, desde el punto de vista de la relación entre la dinámica interna de esos estudios y la historia política del país. Entre la «historia interna», diríamos (si quisiéramos recurrir a esa categoría acuñada por los epistemólogos, los historiadores de la ciencia y los sociólogos del conocimiento), de las disciplinas que integran ese campo y la «historia externa» a ellas, la historia de los acontecimientos sociales y políticos que, desde fuera de su propia dinámica conceptual, no dejan sin embargo de zarandearla y de condicionar sus características y las peculiaridades de su desarrollo. Ya desde la tapa del libro, el subtítulo («Educación y política en la Argentina») nos anuncia que nos las deberemos ver con una zona de tensiones y de turbulencias, y la famosísima fotografía que la ilustra nos recuerda un episodio fundamental en la historia política del país en general, y en la historia de esta conflictiva relación en particular. Se trata de la noche de los bastones largos, emblema de la intervención a la Universidad por la dictadura de Onganía, que parte en dos el

período del que se ocupa el libro de Suasnábar y se convierte en un condicionante fundamental de los itinerarios políticos e intelectuales de los distintos actores implicados.

Así, si antes del golpe del 66 la escena universitaria argentina estaba presidida por lo que Suasnábar –siguiendo en esto a Tulio Halperin Donghi– caracteriza como una alianza inestable y llena de tensiones entre ciertas fuerzas ligadas a la tradición democrático-liberal y otras asociadas a una matriz católico-conservadora, apenas reunidas por la coincidencia básica sobre la necesidad de «desperonizar» la universidad (pero separadas y enfrentadas en otras cuestiones no menos decisivas, como la que se ventiló en el curso del debate, desplegado durante la presidencia de Frondizi, alrededor del monopolio estatal de la oferta educativa), el golpe y sobre todo la intervención operarán como decisivos catalizadores de esas diferencias y definirán de manera muy nítida los itinerarios posteriores de los distintos sectores. Sólo que no lo harán en todos los casos del mismo modo, observa Suasnábar, cuyo libro tiene entre otros méritos el de ayudarnos a «afinar la mirada» allí donde nos hemos habituado a las pinceladas gruesas y los lugares comunes. En ese sentido, la comparación que propone *Universidad e intelectuales* entre los derroteros de las carreras de Ciencias de la Educación de las universida-

des de Buenos Aires y de La Plata es especialmente útil. Porque si en la primera la intervención universitaria marca, dice Suasnábar, el verdadero cierre (expresado en las sonoras «renuncias colectivas» del año 66) de la fase abierta en el 55, en la segunda —donde además no hubo una represión comparable a la experimentada por los estudiantes y docentes de las Facultades de Ciencias Exactas y de Filosofía y Letras de la UBA— la intervención se produciría en el contexto de un ya instalado desencanto con el gradualismo de la etapa reformista, y de una configuración del campo de las luchas políticas que invitaba a los profesores a permanecer en sus cátedras antes que a renunciar a ellas, lo que contribuyó a definir de otro modo, en consecuencia, las características del período que se abría.

La atención a los detalles y a las pequeñas diferencias caracteriza también el análisis que hace Suasnábar del impacto que sobre la configuración del campo de los estudios universitarios en educación tuvieron los acontecimientos políticos de los años que seguirían, desde el Cordobazo y el comienzo de la apertura del régimen militar hasta la vertiginosa serie de acontecimientos que se abren con la fugaz presidencia de Cámpora y se cierran con el golpe militar del 76. Igual atención presta el autor al estudio del impacto que sobre la constitución y definición de este campo tuvieron ciertas corrientes *teóricas*, que van teñiendo con su impronta el clima cultural de las dos décadas de las que aquí se trata. Así ocurre por ejemplo, en los capítulos iniciales del libro, con el análisis que propone Suas-

nábar de la presencia de la temática del *desarrollo* y de la *modernización* en el pensamiento económico, sociológico y político de los sesenta, que es fundamental para comprender el consenso que hacia esos años genera la idea de la necesidad del *planeamiento* educativo, que —en las formulaciones que dan el tono al espíritu en el que fueron creadas, en reemplazo de las viejas carreras de Pedagogía, las primeras carreras de Ciencias de la Educación en la universidad argentina— permitía articular el desarrollo educativo a las tareas más generales del desarrollo económico y social. Así ocurre también, un poco más adelante, con las observaciones que realiza Suasnábar sobre el impacto de los desarrollos del pensamiento marxista, de la problemática sartreana del compromiso y, en general, de la constitución de lo que se dio en llamar «la nueva izquierda» en la generalización de la sensación de agotamiento de la experiencia modernizadora-reformista iniciada a mediados de los 50 y en la politización y radicalización de los debates educativos. Y nuevamente, hacia el final del libro, con el examen que propone sobre los efectos de los desarrollos del pensamiento estructuralista y del reproductivismo francés —y particularmente sobre el impacto de la obra de Ivan Illich— en la constitución del campo de las discusiones sobre educación de los primeros setentas.

Así, eso que hasta aquí hemos llamado varias veces, y con toda intención, el «campo» de los estudios universitarios sobre educación, queda equívoca y conflictivamente dibujado en el espacio, lleno de tensiones, que circuns-

criben dos historias diferentes pero también entrelazadas: la historia de las ideas políticas y sociales del período, y la historia de los quiebres político-institucionales en el país y en la Universidad. Recorriendo con erudición y originalidad ambas historias, el libro de Suasnábar nos permite apreciar las características y los claroscuros de los distintos sub-períodos que nos ayuda a identificar, evitando tanto la fácil sensación de que esos sub-períodos estaban caracterizados por una homogeneidad y una coherencia que no suele ser, en realidad, más que un efecto retrospectivo de lectura, como la simétrica sensación de una dispersión de posiciones diferentes y sin puntos de reunión. Así, Suasnábar nos muestra con mucha claridad la tensión entre los componentes positivistas y los componentes espiritualistas del pensamiento educativo argentino de los años 60 (un poco como Oscar Terán u Horacio González nos han mostrado tensiones semejantes en las reflexiones de argentinos de las generaciones de Ramos Mejía y de José Ingenieros), nos revela más tarde la agudización de esos enfrentamientos (en un contexto de radicalización de la discusión teórica y de la decisión, por parte de un grupo importante de los intelectuales del campo, *pero no de todos*, de continuar su vida intelectual y profesional fuera de la Universidad, y en algunos casos fuera del país) a partir del ya aludido golpe de Onganía y de la intervención que le siguió, y nos sitúa finalmente, cuando nos hace recorrer el período que comienza en 1969 y se va extendiendo hacia mediados de la década siguiente,

ante el escenario de un enfrentamiento mucho más nítido y marcado entre un conjunto de posiciones que exhibían una gran radicalidad teórica y política –pero también grandes dificultades para expresarse, sobre todo a partir de 1973, en propuestas de política práctica–, y una serie de pensamientos de una derecha crecientemente reaccionaria cuyas posiciones teóricas y políticas se van recortando cada vez más nítidamente sobre el molde de las doctrinas de la seguridad nacional.

Por todo eso, esa expresión que hemos usado muchas veces –el *campo* de los estudios universitarios sobre educación, el *campo* intelectual de la educación– sólo puede ser utilizada, en realidad, con muchas precauciones. Y sobre todo sin hacer de ella, como con toda razón observa Suasnábar en sus consideraciones metodológicas iniciales, un supuesto *a priori* que nos evite estudiar los modos específicos en que se constituyen, en una situación histórica determinada, los agentes, las dinámicas y los procesos a los que esa expresión –en la que se reconoce la marca ostensible de la obra, fundamental, de Pierre Bourdieu– pretende aludir, ni una idea reguladora portadora de algún misterioso valor preceptivo, ni la designación de un territorio gobernado por leyes autónomas, saludablemente distintas de las de la política y universalmente aceptadas por todos los participantes de ese juego. No: los campos (o como dice también Suasnábar, a fin de no rendir excesiva pleitesía a esa categoría: los espacios académicos e intelectuales) se constituyen en cada país y en cada situación de maneras específicas. El libro que aquí presentamos

estudia de manera minuciosa y ejemplar el modo particular y seguramente irrepetible en el que se constituyó –en un fortísimo diálogo con el mundo de la política, como ha sido el caso con frecuencia en la constitución de los campos intelectuales o profesionales de las ciencias sociales universitarias entre nosotros– el espacio de los debates educativos en la universidad argentina entre la segunda mitad de los años 50 y la primera mitad de los 70.

Y junto con esto (o como una manifestación más de todo esto), *los distintos tipos o modalidades de intervención en el mundo de la política* (en el Estado o en relación con él) ensayados por los profesionales de este «campo» de los estudios universitarios sobre educación gestado y desarrollado durante este par de décadas de las que se ocupa nuestro autor. O quizás, para decirlo de un modo algo más convencional, *los distintos tipos, modelos o figuras del intelectual de la educación* que en estas dos décadas se volvieron dominantes y adquirieron legitimidad. Esta preocupación, lejos de ser accesorio, es fundamental en el trabajo de Suasnábar. Concebida e iniciada en los pasados años 90, en los que la participación de notorios investigadores universitarios en cargos de gestión estatal trajo aparejado –dice Suasnábar– un fuerte debate sobre el lugar y las formas de intervención de los intelectuales del campo educativo en relación con el Estado (un debate que sin duda es posible y necesario continuar hoy, y que este libro nos ofrece instrumentos de gran valor para seguir), esta investigación se propone como uno de sus objetivos fundamentales reconstruir este proble-

ma –el problema de los modelos o figuras del intelectual de la educación– en los años en los que se fundaron y se echaron a andar las primeras carreras de ciencias de la educación en la universidad argentina. Así, junto con –y en cierto sentido como resultado de– las maneras específicas en las que se articularon en la Argentina las «dos historias» a las que ya hicimos referencia –la historia del conjunto de procesos políticos e institucionales que impactaron sobre la vida de la universidad y sobre la constitución y evolución de sus carreras y de sus debates, y la historia de las ideas políticas, sociales y específicamente educativas que alimentaron el desarrollo de los estudios universitarios sobre educación en los 60 y los 70–, aparece en las páginas de este libro *una tercera historia*: la historia de los modelos o de las figuras paradigmáticas del intelectual del campo de la educación a lo largo de esos veinte años, una historia que Suasnábar recorre con cuidado y con detalle, y de la que aquí recuperaremos tan sólo los rasgos más salientes.

Apenas para decir, en realidad, que se trata de una historia que describe tres grandes capítulos: El primero es el que se caracteriza por la centralidad de la figura de lo que el autor llama el *intelectual humanista*, el «maestro» o el «pedagogo», antigua y venerable imagen en la que podían reconocerse (y que podían reconocer como virtuosa) tanto las grandes personalidades de la tradición liberal-democrática como las que provenían de las fuerzas del catolicismo que, a la postre, irían desnivelando a su favor el frágil equilibrio sobre el que se sostenía la alianza antiperonista gobernante des-

pués del 55. Esa efigie del pedagogo humanista preside, en efecto, las representaciones sobre la educación que dominan el campo de las discusiones universitarias sobre el tema en la segunda mitad de los años 50. Pero lentamente empieza a ser reemplazada por una segunda figura, que dominará la escena —antes y después del golpe de Onganía— durante los sesenta, que es la del *especialista*, figura que hace su aparición, en el campo de los estudios universitarios sobre la educación, de la mano de un doble movimiento: por un lado, el que desde los años dorados de la CEPAL y la «cooperación técnica» de los organismos internacionales por una parte, y del reemplazo de las viejas humanidades por las nuevas ciencias sociales universitarias por otra, va reemplazando la caduca legitimidad del viejo *sabio* por la nueva legitimidad del *experto*; por otro lado, el de la aparición en el campo profesional de la educación de los primeros egresados de las noveles carreras de *ciencias de la educación* creadas en los últimos cincuenta. Por un lado y por el otro, el joven especialista en educación viene a reemplazar al viejo maestro erudito.

Pero el especialista comparte todavía, con el viejo modelo del maestro al que llega para suplantar, un aura de apoliticidad y neutralidad valorativa que, si resultaba sumamente valorable durante los años de la gran esperanza desarrollista y de las teorías de la modernización, empieza a revelarse rancia cuando esas teorías, que alimentaron el surgimiento de la sociología científica argentina de

Germani y sus discípulos, empiezan por su parte a abrir paso a las más radicales teorías de la dependencia, del imperialismo y de la revolución, a la radicalización de ciertos pensamientos católicos que hasta entonces habían aceptado el generalizado credo reformista-tecnocrático y a las pedagogías del nacionalismo popular revolucionario, con sus tesis sobre la primacía de la política, su recuperación del concepto de *praxis* y sus imperativos políticos y éticos de un compromiso subjetivo del intelectual en las luchas de los pueblos. Aquí, entonces, después del modelo del *pedagogo humanista* y del *técnico especialista*, hace su aparición la figura del *intelectual políticamente comprometido*, con la que se cierra la galería de modelos del intelectual de la educación que nos presenta Suasnábar. Y que vale la pena recorrer hoy, tres décadas después del cierre de este ciclo al que se refiere su libro, para preguntarnos si acaso estos viejos modelos, estas viejas figuras, no conservan todavía su capacidad para hablar al corazón de nuestro presente histórico y para ayudarnos a interrogarnos sobre nuestras propias formas de intervención intelectual. La capacidad que tiene este libro para ayudarnos a escuchar las voces de esos espectros del pasado —que es siempre una tarea ética y política de primer orden— es lo que le da, más allá de los indudables méritos del trabajo como ejercicio de reconstrucción y de erudición histórica, su capacidad para intervenir con fuerza en nuestros debates contemporáneos.